

PATMOS - Jano Bifronte en la Cueva del Apocalipsis (2010)

Nunca te dejaré

David contempló a su amada con infinita ternura, conmovido por el modo como ésta dirigía su mirada hacia la talla que yacía recostada sobre la mesa de la sala principal del castillo. Se sentó a su lado rodeándole los hombros. Habían trabajado en la escultura durante días, limpiándola, consolidando la madera, reintegrando las carnaciones del rostro, que ofrecía dos caras asimétricas, ya que estaba hecha para ser contemplada de frente y desde abajo.

Aquel San Juan al pié de la cruz de tamaño casi natural, perteneciente al Calvario de un colosal retablo de la primera mitad del siglo diecisiete, mostraba un aspecto muy alejado del que tenía cuando un anticuario de Barcelona se lo había vendido como una santa oscura y renegrida. Un entendido en arte debería saber que éste modelo iconográfico corresponde a San Juan Evangelista, el único de los doce apóstoles que se representa sin barba. A pesar de los cabellos oscuros que caen sobre sus hombros y los labios carnosos, la ausencia de pechos indica que se trata de un varón.

Entonces todavía no había aparecido el best seller de Dan Brown, el famoso “Código da Vinci” donde se afirma que la imagen de San Juan es en realidad la de María Magdalena, la “novia” de Jesús, con la que tuvo descendencia. Para trabar su ficción Brown tuvo que afirmar algo tan peregrino como que los pechos habían sido borrados del mural de Leonardo en el curso de una restauración. Pero por aquel entonces el libro no había sido publicado.

El amor que sentían David y su amada era amor puro y simple. Era el amor que Adán sintió por Eva cuando la vio en el jardín mirándole con ojos curiosos. Era el amor que empuja a los animales a buscar pareja, y también a los dioses. Es el amor que convierte el mundo en un milagro y llena la vida de sentido.

– No te dejaré nunca -le dijo mirándole a los ojos, conmovido por su extrema fragilidad.

– ¿Y por qué ibas a hacerlo? -repuso ella con una sonrisa ingenua y confiada.

Si les hubieran preguntado, pienso que nunca hubieron pensado que su amor pudiera acabar algún día. ¿Acaso no sabemos que lo que define al amor es creerlo infinito?

En aquel momento, lo único que él no podía imaginar, lo que más lejos estaba de sus pensamientos, embargados de agradecimiento y de amor hacia aquella mujer, era que unas horas más tarde ella estaría muerta, y su cuerpo frío y desamparado yacería en una destartada dependencia del cementerio de la Bisbal d’Empordà, esperando la autopsia antes de ser incinerado y esparcidas sus cenizas en las frías aguas de Cap de Creus, en donde su alma esperaría la ocasión para viajar a Oriente tal vez a lomos de un delfín.

Pessoa: cuando el sufrimiento se convierte en arte

El humo del incienso subía desde las tallas de los dos ángeles turiferarios situados detrás del caballete dibujando volutas sinuosas hasta llegar al techo. Las dos figuras acompañaban a David en su dolor y con su ofrenda, llenaban el espacio de sentido, de aroma, de ritual pagano. Mientras pintaba, iba recordando las palabras de Pessoa: “El poeta, tiene que dejar de lado su dolor y entonces, utilizar otro dolor tejido de poesía, para poder expresarse”. Sólo así lograría hacer universal la herida que le desgarraba, aplicándole la carpintería del oficio. Hace tiempo que él había hecho del suyo una conducta y ahora intentaba explicar su desesperación en términos pictóricos -habitado como estaba por ella- para mantenerla viva al menos en sus cuadros, ya que de otra manera hubiese muerto él mismo de dolor.

Los apuntes que había hecho unos meses atrás en las tabernas de Praga, se transformaron en metáforas. Los ojos de las figuras se vaciaron, unas tapándose la boca y otras los ojos. Una mujer atravesaba el cuadro, lleno de parejas que se abrazaban, dispuesta a salir del espacio pictórico, sin dejar de mirar atrás, en señal de despedida.

La muerte, vestida con piel de mujer, asomaba en un vértice de la composición y extendía su mano hacia la pareja principal. Entonces sacaba la lengua, sinuosa y estrecha como una serpiente, burlándose de los enamorados. Cuadros grandes, que jamás serían expuestos y que probablemente permanecerían en el taller del pintor hasta su muerte.

Veinte kilos había perdido David en el año sobrehumano que precedió al triste final. La terrible enfermedad bipolar había sobrevolado la vida de ambos, alternando momentos de infinita dulzura y goce espiritual fuera de todo lo conocido, con otros, donde el trastorno asomaba por sorpresa para recordar que en el eterno paseo por el amor y la muerte, no existe un final feliz.

Los artistas del pasado habían convertido su sufrimiento en arte, pero ahora este concepto estaba en horas

bajas. En horas bajas desde que Duchamp elevó lo banal a la categoría de arte, al tiempo que con esta acción, en justa reciprocidad, rebajaba todo el arte a la categoría de banal. David pertenecía al grupo de los que creían en el trasfondo espiritual de las categorías de creación y contemplación del hecho artístico. David creía en Platón.

Sea como fuera, el sufrimiento es la más poderosa de las experiencias reveladoras, y el pintor sabía desde mucho tiempo atrás, que debía sufrir para pintar y que sólo en dicho sufrimiento podía desarrollar su talento. Él seguía alimentando la idea de la armonía: el principio de la virtud alzada sobre bases estéticas, el principio de la proporcionalidad que busca apropiarse de la belleza. Ésta fue siempre “su idea”, una idea griega por excelencia que cubría un arco que, desde Platón pasaba por Plotinio, y como corolario kantiano llegaba hasta Alain Greenberg, el gran teórico del informalismo, para quedar en entredicho con la llegada del arte contemporáneo.

Él reivindicaba la libertad que éste concedía, para seguir buscando una personal mística del orden, convencido de que las leyes universales de la gratificación estética, propuestas últimamente por los biólogos evolutivos norteamericanos estaban grabadas en el cerebro humano, y que la estética precedía a la ética en términos de temporalidad. Era su intento desesperado de resucitar a Platón.

Diez años habían transcurrido desde los luctuosos días que marcaron el principio de esta historia. La escultura del Evangelista seguía plantada en el estudio y las flores del cerezo japonés anunciaban cada año en el jardín de la torre castillo de Palau-sator el aniversario de la muerte de su amada, acudiendo puntuales a la cita cada veinte de marzo, la fecha del accidente. Durante unos días llenaban de color el patio y después alfombraban de rosa las piedras del pavimento para simbolizar el carácter efímero de la belleza. Una vez más la naturaleza, igual que ocurre en la vida del hombre, reservaba sus sorpresas más bellas para los momentos más transitorios.

Rumbo a Patmos (Dodecaneso – Grecia)

- Cuando oigan tres toques de sirena como estos -y entonces sonaban tres lúgubres pitidos-, acuden a los lugares de reunión señalados en los paneles informativos -indicaba la voz grabada en griego y posteriormente en inglés, y luego otra vez en griego.

Los pasajeros griegos seguían descansando, tumbados en los asientos y en el suelo, cubiertos con chaquetas y mantas de viaje, habituados como estaban al simulacro de salvamento, pero los extranjeros se arremolinaban, visiblemente inquietos, cerca de las salidas al puente, mientras que el empleado de la naviera escenificaba las instrucciones de como utilizar el chaleco salvavidas.

El mar estaba movido, sin duda, pero no tanto. Así que se lo tomó tranquilo. Un barco representa tan perfectamente la transitoriedad de las cosas, que, paradójicamente, constituye un refugio consolador; y el mar embravecido y la tempestad no hacían sino acrecentar en él estas sensaciones.

Pero no todos los griegos estaban tranquilos. Al dejar su mochila en el camarote, David había trabado conversación con un catedrático de filosofía de la Universidad de Atenas, que iba de vacaciones a Patmos, su isla natal. Al salir del Pireo, Miltos, que así se llamaba el griego, le explicó que la previsión indicaba mal tiempo. Estuvo preocupado todo el trayecto hasta que la cosa se puso fea de verdad. Entonces el hombre se descompuso.

No quisieron desaprovechar la oportunidad de conversar pensando que así se les pasaría el miedo. Se dirigieron a uno de los salones de la nave donde compartieron una sucesión de descafeinados, pastas y bocadillos para calmar el apetito y los nervios.

- Voy a Patmos con la esperanza de hallar respuesta a algunas preguntas -confesó-. Creo que en Patmos se representa el rito de la Pascua tal como se hacía en tiempos de Bizancio.

- Si, porque la Iglesia Ortodoxa -explicó Miltos- da prioridad a la experiencia y a una escenificación musical del misterio. Su mayor preocupación, al ser una iglesia formalista, es la transmisión de los ritos con las menores variaciones. En este sentido la Pascua de Patmos no le defraudará. Los ritos son una manera de ponerle ritmo a la vida -añadió esbozando una sonrisa- y como decía Platón, la vida no puede vivirse sin ritmo.

- También tengo una serie de sospechas que pretendo aclarar, como la usurpación que el cristianismo hizo de los mitos de Mitra y Attis, en tiempos de Constantino -aventuró esperando una respuesta.

- Bueno, no se trata de plagios ni de fraudes -repuso el griego con seguridad-. Se trata de una cuestión de lenguaje. Son maneras arcaicas de “narrar”, categorías míticas de las cuales se apoderan las diversas tradiciones religiosas. Los pueblos primitivos tenían su propia manera de narrar, antes de inventarse la historiografía. Conocemos las semejanzas de los mitos de Horus, Mitra, Attis, Buda, Cristo. Analogías con el mundo agrícola, héroes que mueren y resucitan, Hijos de Dios, etc.

- Además -añadió-, los viejos mitos y leyendas para que tengan ventajas darvinianas han de ser desmesurados. Sólo así logran sobrevivir frente a otros mitos y leyendas que compiten con ellos. Y frente al

agravio absoluto de la muerte cualquier exageración es poca.

Las horas transcurrían despacio, el mar seguía irritado y el pintor subía en ocasiones a cubierta para comparar el tamaño de las olas con las medidas del enorme barco y tranquilizar al griego de pasada. Una vez establecidas las respectivas proporciones con las de las pequeñas barcas de pesca de Cadaqués, vio que no había para tanto.

Hasta que, ya al amanecer, amainó la tormenta y David decidió bajar al camarote para tumbarse a descansar. Miltos le siguió. Allí estaban los otros dos pasajeros, que durmiendo en ropa interior y roncando desafortadamente panza arriba, le iban a impedir dormir el resto de la travesía.

El catedrático de Filosofía Miltos Dimitriadis, tal como rezaba la tarjeta de visita que éste le había entregado, se quedó dormido en el acto.

En el Real y Sagrado Monasterio de San Juan el Teólogo y Evangelista

Las luces del puerto de Skala se iban asomando a la tranquilizante niebla que rodeaba la isla de Patmos y el viajero empezó a experimentar la fascinación que siempre provoca la certidumbre del arribo inminente a un nuevo puerto. En momentos como este, se sentía como un verdadero nómada, que no halla satisfacción en el permanecer, sino en el llegar y en el partir, los únicos actos capaces de combatir, por su propia fugacidad, la transitoriedad de la existencia, pero no podía imaginarse entonces lo que tuvo ocasión de ver, oír y dibujar más adelante.

Reservó habitación en una pensión familiar de Skala y alquiló un coche con el que emprendió el camino al monasterio dejando la cámara hundida en el fondo de la mochila para evitar la tentación de utilizarla por pereza de dibujar. Y es que el artista, pensaba David, siempre tiene que destruir la realidad y después tendrá que remontarla como un nuevo artificio, vulnerable a la mirada de los otros por su subjetividad, pero sin duda suficiente por sí mismo.

El conjunto de construcciones que forman el monasterio fortificado de San Juan el Divino, Teólogo o Evangelista, que por los tres nombres se le conoce, es quizá el tesoro mejor guardado de aquel mar de los dioses que, todavía hoy, es el Mediterráneo oriental. Fundado en el siglo once en la isla de Patmos, una de las del Dodecaneso cerca de las costas de Turquía, el monasterio tiene la reputación de auténtico lugar sagrado a lo que ayuda la ausencia de aeropuerto y el prestigio de los monjes.

Era jueves de Pascua, aparcó en la carretera, algo lejos del recinto fortificado y prosiguió el ascenso a pie. Una multitud compuesta por insulares y visitantes llegados del continente y unos pocos turistas aguardaba la ceremonia del Niptir tras las sillas reservadas para las autoridades en la plaza mayor dispuesta para el acto, delante de una tarima engalanada con hojas de palmera.

El Abad lavó los pies a doce monjes, en señal de humildad y en estricta conmemoración de la última cena, igual que hacían los emperadores bizantinos. Más tarde y ya dentro del monasterio, David empezó a dibujar y no tardó en acercarse un monje. Éste era joven, alto y desgarbado, con el rostro enjuto poblado por una barba algo torcida y de pelos hirsutos, pero cruzado por una sonrisa amplia que contagiaba felicidad.

– Dibujar es mi manera de rezar -soltó inmediatamente para entablar conversación, y por la sonrisa del otro comprendió que entendía el inglés.

El monje seguía mirando curioso y David prosiguió:

– La vida de un pintor es parecida a la de un monje: horas y días en la soledad del estudio, con todo el tiempo para meditar, y al final, con un poco de suerte, desprenderse del cuadro. Es sin duda una soledad como la que deben de sentir ustedes. ¿No cree?

El monje le miró y preguntó, entre sorprendido e ingenuo:

– ¿Soledad? Yo me sentía solo antes de entrar aquí, pero ahora nunca estoy solo -aseguró, acompañando sus palabras con un ademán que señalaba las celdas del piso superior donde residía la comunidad.

Asintió con la cabeza y pensó que razón no le faltaba al monje que, al verle encajar un icono en su cuaderno de apuntes, afirmó:

– Es bueno que se dibuje a Cristo, porque así se tiene constancia de su paso por la tierra: de su dimensión humana.

Dejó de dibujar para tratar de digerir una sentencia tan ambivalente, tan segura y tan naif al mismo tiempo. Siguieron hablando y expresó su deseo de asistir a las ceremonias del Santo Entierro (Apokathilosis) y la procesión de los Epitaphios, y de conocer al Abad y exarca de Patmos.

– Hoy es Jueves Santo, un día importante, con las autoridades civiles y militares de la isla invitadas en el refectorio. Dibuje lo que desee, por supuesto, y la semana próxima, si quiere, tendré mucho gusto en enseñarle la Escuela de Teología, junto a la cueva del Apocalipsis, donde San Juan dictó sus Evangelios. Pregunte por mí, soy el Padre Stavros.

Pasaron los días y todo sucedió según lo anunciado por el monje. Después de la Procesión del viernes y las Lamentaciones, se colocó el Epitafio en un lugar oscuro durante cuarenta días, los mismos durante los que los

adeptos a Mitra depositaban el árbol cortado, y los mismos que dura el saludo pascual.

El sábado por la noche bajó a la iglesia de Skala, donde la llama de la única vela encendida, que simboliza la luz eterna, se propagó a todas las demás inundando la atmósfera de un denso olor a miel. Velas que después serían colocadas en cada casa para iluminar el rincón donde las fotos de los ausentes cuelgan al lado de los iconos familiares.

Todos se besaron al felicitar a la Pascua. Se oía por todas partes el Cristo Anesti, en griego: ha resucitado. Las campanas de las iglesias se mezclaron con las sirenas de los barcos amarrados en el puerto, mientras los cohetes iluminaban el Monasterio, en la cresta de la colina, con una rutilante corona de chispas de colores.

Lo dibujó todo, sin usar la cámara fotográfica ni una sola vez, y el martes, a media mañana, estaba en la puerta de la cueva del Apocalipsis.

En la cueva del Apocalipsis

En la recepción preguntó por el Padre Stavros.

– Le encontrará aquí al lado, en la Escuela de Teología -indicó el monje de puerta que estaba leyendo un periódico.

Atravesó un pasillo, bajó una escalera trazada en tramos cortos que parecía no tener fin. El monje estaba de pie junto a los arcos de la terraza acristalada que daba al jardín: alto, increíblemente pálido y delgado, con su barba revuelta y su nariz aguileña, el gorro bien colocado encima del cabello recogido en una cola. A su lado otro clérigo, también joven, de cara más ancha, con gafas metálicas de montura redonda conversaba con él mientras hacía girar el gorro con las manos. El Padre Stavros sonrió al verle y le presentó a su acompañante.

– Éste es Costas A. Zouveloc, de Tesalónica, teólogo y residente en la isla desde el pasado verano. Éste es David, artista y pintor de Barcelona. He pensado que les gustará conocerse.

Se estrecharon la mano y Zouveloc le saludó diciendo:

– El Padre Stavros me ha dicho que usted es artista. Personalmente me interesa mucho el arte porque es la mejor y más profunda manera de convivir con nuestra abismal ignorancia. El arte al menos sigue vivo, y el artista busca la experiencia de lo sagrado en el interior de sí mismo. Parménides también buscaba una expresión de forma bella para contarnos su idea armónica del Ser del mundo. Armonía, poesía, estética y pasión por explicar y organizar el caos: eso es Grecia. Bienvenido a ella amigo mío.

El Padre Stavros me ha pasado su web. He leído que en su trabajo hay obsesión por la luz – prosiguió, para preguntar a continuación:

– ¿Sabe usted que Einstein una vez definió a la luz como la sombra de Dios?

– Pues no lo sabía, pero es una idea muy bella.

– ¿Es usted ortodoxo?- preguntó Zouveloc.

– Esta es una pregunta que me hacen a menudo. La Iglesia Ortodoxa da importancia al ritual, y me paso horas en sus oficios. Es una cuestión de afinidad: Me encuentro bien en una ceremonia ortodoxa y en una católica no, y mucho menos si es protestante, de la misma manera que me llena el budismo “Theravada”, con todos sus mensajes a los sentidos y no entro en el budismo “Zen”, que se dirige directamente al intelecto. Y como que los católicos quieren acercarse a los protestantes en este aspecto, pues ya se lo regalo. En lo que usted ha dicho sobre el arte, hay artistas de la luz, algunos extraordinarios, pero por el mismo motivo, a mí me llena más James Turrell porque es más corpóreo, que Bill Viola que es mucho más mental.

– Conozco el trabajo de Viola pero no el de Turrell, pero entiendo lo que quiere decir. Pero dígame ¿Cree usted en Dios?

– No tiene para mí la menor importancia si Dios existe o no. Este detalle no afectaría a mi vida, ni cambiaría el conocimiento de la corporalidad de mi espíritu. Lo que no puedo asumir es la infalibilidad de los dogmas.

– Aunque no comparto su postura, no va usted equivocado porque todo verdadero místico, en tanto que místico, es un agnóstico en lo que hace a los contenidos dogmáticos de cualquier forma de religiosidad.

Animado por el talento de su interlocutor, David abordó directamente el tema de San Juan :

– En la iconografía ortodoxa San Juan Bautista aparece con alas, como los arcángeles ¿Qué sentido tiene?

– Simplemente porque es un mensajero, un enviado de Dios.

– ¿Cómo Hermes? –preguntó con un toque de ironía.

– Los ángeles y otros seres celestiales se representan con alas muchos siglos antes que apareciera la civilización griega- puntualizó Zouveloc.

– ¿Por qué aparece la cabeza cortada encima de una bandeja en el suelo al representar a San Juan Bautista en todos los iconos Ortodoxos? Si conserva la cabeza sobre los hombros, cabe pensar que la otra no es quizá la suya. ¿A quién corresponde entonces la cabeza cortada que se tiene tanto interés en mostrar a la vista de todos?

La conversación resultaba interesante para los dos, mientras el padre Stavros, cuyo inglés era más rudimentario, se limitaba a escuchar atentamente. David intentaba llevar al otro a su terreno y el teólogo

aceptaba el envite.

– Me fascina el mundo de sus antepasados porque jamás podemos estar seguros de que lo que nos cuentan fuera cierto. Cuando se leen los textos de aquellos hombres poéticos uno siempre se pregunta: ¿qué es la certeza, donde reside la realidad, dónde empieza la vida y dónde termina el sueño?

– Esto nunca podemos saberlo y créame, para mí no tiene demasiada importancia. El tema me interesa como mito, más que como dogma. Volvamos a San Juan. Cuénteme, o pregunte si lo prefiere.

– ¿Cómo es posible que en el Evangelio de San Juan se encuentren al menos tres estilos literarios diferentes? Parece evidente que estamos frente a un conjunto de escritos de varios autores que se recogieron bajo un mismo título. Hoy sabemos que ésto es lo que realmente ocurrió con todos los Evangelios. Siglos más tarde la Iglesia eligió cuatro, que así y todo comparten pocas historias y destruyeron todos los demás.

– Por el hecho de haber vivido más de cien años es posible que la manera de escribir del Apóstol evolucionase. ¿No cree? –sugirió el Padre Stavros. Ahora era Zouveloc quien callaba.

– Es posible –admitió David- pero a la vista de todo lo que venimos hablando yo pienso que San Juan no es sino una sustitución del dios romano Jano Bifronte, que con sus dos perfiles simboliza la eternidad, al ser capaz de mirar al futuro y al pasado. Jano Bifronte sería entonces el mensajero, el oráculo, el que anticipa el futuro, mientras Juan Evangelista sería el que ha presenciado la gran historia de Cristo, y es capaz de explicarla. Todo encaja a la perfección. Aunque al lograr el poder con Constantino los cristianos se dedicaron a destruir templos y perseguir a los filósofos, era prácticamente imposible eliminar prácticas y creencias arraigadas durante siglos. Entonces se completó la destrucción con la sustitución. Esta es la manera como parte de la herencia de mitos e imágenes del mundo grecorromano, convenientemente transpuesta por la secta triunfante, ha llegado hasta nuestros días.

– ¿Y cuál es el motivo de este interés por el autor del Apocalipsis? –preguntó el Padre Stavros.

– En los días que siguieron a la muerte de mi mujer a veces llegué a creer que una chispa de su espíritu había entrado en una escultura de San Juan que estábamos restaurando. Entonces, al acariciarla como si fuese una mujer, a pesar de saber que representaba un hombre, empecé a pensar sobre el hecho de que es el único apóstol imberbe, lo que quizá es la manera de acentuar su dimorfismo con el otro Juan, que ostenta larga y descuidada barba. Así fui a parar a Jano Bifronte. A veces Jano se representaba como un hombre viejo, con experiencia, y otro joven, que tenía la vida por delante para explicar el pasado. En ocasiones les acompañaban el sol y la luna como atributos respectivos. El cristianismo acabó por crear dos personajes distintos situando sus festividades lo más cerca posible de los dos solsticios, que marcan el principio y el final del ciclo solar como correspondía en la antigüedad a los dos perfiles de Jano.

– La festividad de San Juan Evangelista situada el 27 de Diciembre marca el principio del ciclo solar y también del cómputo anual –prosiguió-. De la palabra Jano deriva Enero en todas las lenguas románicas, como quizá también las palabras zaguán (que designa la entrada de la casa y que en el Sur de España se pronuncia “sanjuán”) o janela que en portugués significa abertura o ventana. Y por otro lado la fiesta del Bautista se celebra el 24 de Junio, cuando la duración del día empieza a menguar hasta llegar al solsticio de invierno. Sea como sea, me parece evidente que Jano se escindió en dos. Me pregunta por el motivo de mi interés y yo le digo que no es otro que explorar la verdad a la luz del conocimiento para indagar dentro de la oscuridad causada por la muerte de mi mujer.

Al terminar de exponer su teoría con claridad meridiana esperó la reacción de sus interlocutores, y cual no fue su sorpresa al escuchar a Zouveloc replicar:

– Aunque no puedo compartirla, admito que su hipótesis está llena de sentido, y un relato refuerza su teoría: la historia de Salomé narrada por San Lucas. Iconográficamente Jano Bifronte era estrictamente ésto, una cabeza con dos perfiles, asentada en una columna. Si se pretendía terminar con él, no había una manera mejor que decapitarlo, como reclamó la princesa a Herodes en recompensa por su baile, y por un proceso de sustitución del nombre, etimológicamente casi idéntico al anterior, crearle un lugar en el panteón cristiano.

– Somos animales constructores de relatos, si –prosiguió Zouveloc-, pero sabemos que sólo son relatos. Ustedes los artistas son más místicos que racionales y llegan a conclusiones que la lógica no puede alcanzar. Le he visto estos días como dibujaba y he observado la expresión de su cara; usted es de los que escuchan la voz del origen y tratan de reinventar lo sagrado desde su propia capacidad de asombro.

Al oír las palabras del teólogo, David volvió a pensar en la mujer que, revelándole las estructuras profundas de lo humano, le había mostrado el camino para construir la música de su propia vida y quiso hablarles de ella.

– En cierta ocasión –explicó- amé a una mujer que, oscilando entre la conducta imprevisible y la bondad infinita, me mostró la luz paradójica de la oscuridad. Ella lo hacía todo con amor y en cualquier acto cotidiano, accedía al presente, al presente donde nunca hay muerte.

Un día, sin embargo, olvidó por unos instantes la sabiduría de saber vivir aquí y ahora. Al correr a mi encuentro, accionó la puerta del garaje con el mando que llevaba entre las llaves colgando de su

bolsillo, la puerta volvió a cerrarse y lo hizo contra su cuello. En la época más feliz de su vida, quizá en el día más feliz de todos, encontró la muerte de la manera más trágica e inesperada. Tenía 42 años. El padre Stavros y Costas A.Zouveloc le escuchaban en silencio, un silencio tan profundo como el azul del mar Egeo que rodeaba la isla.